

Pregón Semana Santa 2023



Pregonero:

D. Guillermo Andrés Gómez Aristizabal

Sacerdote de la Diócesis de la Dorada - Guaduas (Colombia)

A
R
É
V
A
L
O

IGLESIA DE SANTO DOMINGO

SÁBADO 18 DE MARZO A LAS 20,00 HORAS

PREGÓN SEMANA SANTA ARÉVALO

18 DE MARZO DE 2023

Celebrar con amor, recordar con agradecimiento y orar con devoción, podrían ser los elementos que quiero compartir con vosotros en esta noche.

Celebrar la semana santa, es celebrar los misterios centrales de nuestra fe. Los seres humanos somos celebrativos por naturaleza: festejamos nuestros cumpleaños, gozamos y compartimos cuando obtenemos un triunfo, o un equipo de nuestra preferencia obtiene una victoria. Celebrar es pues, algo propiamente humano.

En este caso estamos aquí reunidos porque *celebramos nuestra fe*, y lo hacemos conmemorando que Dios que se hizo hombre, murió por nosotros, para con su resurrección darnos la salvación. Pues como dice San Pablo: *“Si Jesús no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe y vana sería nuestra esperanza” (1Cor 15,14).*

Hoy estamos de cierta manera anticipando las celebraciones litúrgicas que tendrán lugar en los próximos días, con este pregón de semana santa. De antemano agradezco que me hayáis invitado y agradezco el voto de confianza que habéis depositado en mí, para que desde mi experiencia y desde mis raíces os comparta y os motive a vivir con intensidad estos tiempos de gracia donde podemos tener un encuentro con Jesús.

Cuando los cofrades de la Veracruz, me hicieron el encargo de esta magna tarea, me pidieron que os compartiera cómo se vive la semana Santa en mi país, Colombia. Para lograr este cometido, os quiero invitar a que hagáis conmigo un recorrido en dos sentidos: geográfico y temporal.

Geográficamente nos trasladaremos 8.000 kilómetros de distancia para conocer las tradiciones religiosas de mi Pueblo Manzanares, en la provincia (o departamento como decimos nosotros) de Caldas en el centro cafetero de Colombia. Esta que veis ahí es la Basílica Menor San Antonio de Padua de mi natal pueblo, ella ha sido testigo no solo de mi crecimiento en la fe, sino también origen y sustento de mi vocación sacerdotal, que ahora tengo el gusto de compartir con vosotros.

Y temporalmente iréis conmigo a un viaje al pasado, no solo el mío y de mis tradiciones, sino también el vuestro, al tiempo de vuestros años mozos. Para este recorrido os quiero pedir un permiso, os voy a contar la semana santa de mi pueblo con los ojos de un observador peculiar, con la

mirada de un tipo de persona que ha sido elogiado en el evangelio por Jesús, con el asombro de los que dice la Escritura: "si no os hacéis como ellos, no entraréis en el reino de los cielos": De los niños. Y es que la mirada de un niño permite conocer mucho más de la fe que las sofisticadas elucubraciones filosóficas, teológicas y hasta retóricas. Os contaré mis recuerdos: Aquellos con los que viví por vez primera la celebración de la semana santa y que han marcado significativamente mi historia y que hoy tengo con vosotros la posibilidad de compartir.

Nací en Manzanares es una localidad del centro de Colombia con cerca de 25.000 habitantes, 10.000 de ellos en el casco urbano y los restantes 15.000 en la zona rural agrupados en aproximadamente 50 centros poblados. Es una tierra de profundas raíces cristianas.

La preparación de la Semana Santa se inicia con el miércoles de ceniza, las personas acuden a la Iglesia en diferentes momentos del día a recibir su signo en la frente, recordando la intención de cambiar de vida y de procurar prepararse para vivir la Pascua. Durante los viernes de cuaresma, no comemos potaje, la práctica es más reemplazar la carne por el huevo y asistir a la celebración del viacrucis, de pequeño no faltaba a esta celebración con mi madre, tiempo después como monaguillo y en los últimos años como seminarista o sacerdote.

En mi pueblo no se celebra el viernes de dolores, por lo que la celebración propiamente dicha de la Semana Santa comienza con la Procesión del Domingo de Ramos. Recuerdo la emoción que me causaba ver a grupos muy grandes de personas dirigiéndose al sitio donde comenzaría la procesión a unos 2 km de la Iglesia, y a las personas portando majestuosas palmas de cera (que previamente habían adquirido de alguno de los vendedores) y que en medio de la procesión agitaban con alegría recordando la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Muchas veces la procesión era precedida por el camión del cuerpo de bomberos, que de vez en cuando dejaba oír su sirena de manera festiva para anunciar que Jesús entraba también reinante en nuestro pueblo y en nuestro corazón. Durante la procesión se rezaba, se cantaba y se vitoreaba a Jesús. Cuando estaba muy pequeño yo me extasiaba ante esos momentos y ante las imágenes adecuadamente vestidas que salían en procesión y aunque quizás no comprendiera mucho lo que se celebraba, recuerdo la devoción de las personas y el ambiente de fe que se podía percibir. La procesión llegaba hasta la Iglesia, donde ya muchas personas habían apartado su sitio para no quedarse de pie durante toda la celebración. Alrededor de

1200 personas participaban con entusiasmo de esta celebración que inauguraba la Semana Mayor en mi pueblo.

Los días Lunes, martes y miércoles Santo, se hacían las pláticas o ejercicios espirituales para varones y en otra hora para damas, donde uno de los 4 sacerdotes de mi pueblo se encargaba de preparar los corazones para los fieles, y los otros 3 presbíteros estaban confesando largas filas de fieles que se apiñaban a lado y lado de los confesionarios (Ahora esto se ve menos, y las pláticas se ven reducidas a un solo día).

En mi diócesis de manera tradicional, el jueves santo en la mañana se celebra la Santa Misa pidiendo la salud de los enfermos, y muchas personas que están delicadas de su salud acuden a esta celebración donde se ora de manera especial por ellos, y en algunas ocasiones incluso reciben la unción de los enfermos.

En la tarde del jueves Santo, celebramos la Cena del Señor, recuerdo la expectación que me generaba ver preparada enfrente del presbiterio una mesa con 12 apetitosos panes, uvas, un vino que parecía no tenía nada que envidiar a un rivera del Duero, y luego en la procesión de entrada, 12 varones debidamente ataviados como si fuesen judíos del primer siglo, para representar a los apóstoles que compartirían la última cena con Jesús.

Cuando ahora recuerdo esa imagen de Jesús presidiendo la mesa y al sacerdote despojarse de la casulla y la estola para lavar los pies de los elegidos, pienso ¡caramba, qué Dios más majo tenemos! El Dios más grande, el todopoderoso por quien todo fue hecho, se hace pequeño, humilde, servidor, y limpia y besa los pies de sus discípulos. Cuánto hemos de aprender de Jesús, ser capaces de despojarnos de aquello que nos impide servir con solicitud a quien está a nuestro lado.

Pero siguiendo con mi relato, os comparto que tras la celebración de la Eucaristía se hacía la procesión hasta el sitio destinado para el monumento. Luego todos con algo de prisa regresábamos a casa para comer algo, pues la misa duraba cerca de dos horas. Y a las 8 de la noche (no de la tarde, porque en Colombia todos los días del año la noche llega pronto), salía con mi papá a la Procesión del prendimiento. Que en mi pueblo es solo para hombres que van caminando en parejas a ambos extremos de las calles con velas encendidas acompañando a Jesús que es arrestado en el Huerto de los olivos. Es una procesión muy significativa, van muchos hombres, hasta los que nunca van a misa (que también los

hay) y tras interminables filas llegamos a la Iglesia donde comienza la hora Santa.

En mi infancia era una celebración más o menos sencilla, pero en los últimos años se ha convertido en un momento verdaderamente especial, pues por familias se enciende un velón que se coloca frente a Jesús Eucaristía pidiendo por las necesidades de todos. Es un espacio verdaderamente bello, la luz de las velas no solo ilumina a Jesús, ilumina también nuestra vida, recordándonos que debemos ser luz del mundo, que nuestra vida tiene que ser luz para otros, y que siempre podemos ayudar a los demás. Aquí veis las fotografías de los últimos años. Y así finaliza nuestro jueves santo.

El viernes santo es un día bastante agitado, en la mañana muy temprano nos dirigíamos a un lugar ciertamente apartado del municipio para el Santo viacrucis, se sacaban todos los pasos de la semana Santa para representar el camino de Jesús hasta el Calvario. De esta, que es la procesión más concurrida en mi pueblo (participan más de 3.000 personas), tengo un recuerdo privilegiado el día que me correspondió ser el Cirineo. Ese día por allá por el año 2.000, me correspondió ayudar a Jesús a llevar la cruz. Una cruz que significa el espíritu de servicio que todo cristiano debe vivir, todos hemos de llevar nuestra propia cruz y ayudar a llevar la cruz del prójimo: misteriosamente en cristiano, cuando ayudamos a llevar la cruz del otro nuestra propia cruz se hace más liviana. Comprobadlo por vosotros mismos. Esta procesión dura cerca de 3 horas.

En la tarde, tenemos la celebración de la adoración de la cruz, ese día recordad QUE no se celebra la eucaristía, el sagrario está vacío y el altar desnudo. Estos signos elocuentes de este día Santo nos recuerdan que también nosotros debemos “despojarnos”, hay cosas a las que tenemos que renunciar. Preguntaos ¿el próximo viernes Santo qué cosa le quiero pedir a Jesús que ayude a quitar de mi vida?

Sigo con mi relato: Tras la celebración Litúrgica de la Pasión del Señor íbamos a casa y a las 7 de la noche, nos dábamos cita nuevamente en la Iglesia para el Sermón de las 7 palabras. Personajes ilustres del pueblo eran invitados a proclamar y reflexionar sobre cada una de ellas. Tras este sermón continuaba el descenso de Jesús de la cruz, luego piadosas mujeres ungían la imagen del crucificado que se colocaba sobre un sepulcro de cristal y que luego era llevado en procesión, bien hasta un sitio especial organizado para ello, o bien hasta el cementerio. Y he aquí una de las prácticas más nuevas en la semana Santa de mi pueblo, pero a la que la gente tiene gran devoción: La gente al visitar a Jesús en el Santo

sepulcro lleva una palma de la celebración del domingo de Ramos y empezaba a rezar los 33 credos, por cada credo orado, un nudo a la hoja de palma de cera, y así hasta completar los 33 nudillos. Estos nudillos no se tiran, se guardan en algún lugar especial de la casa y cuando alguien tiene un problema o alguna necesidad especial, desata uno de ellos en actitud de oración pidiendo a Jesús que por su intercesión las dificultades tengan buena solución: Los testimonios son favorables, la oración tiene poder y Dios siempre escucha nuestras plegarias.

Y así termina nuestro viernes santo.

El sábado es un día un poco más descansado, muchas personas vuelven en la mañana a visitar el Santo Sepulcro, pero no solo de visita, van a rezar, van a pedir por ellos y por sus familias.

En la tarde del sábado se realiza la procesión de la Soledad, en algunos lugares de Colombia es una procesión sólo para las mujeres, en mi pueblo es la procesión de las parejas un hombre y una mujer: amigos, novios o esposos van acompañando a la virgen en la meditación de sus 7 dolores.

Finalmente, en la noche la solemne Vigilia Pascual, es toda una verdadera fiesta. El gozo de la resurrección se percibe en el ambiente. Jesús vence el pecado y la muerte y ello debe producir verdadera alegría. Traigo a referencia lo que dice el papa Francisco, un cristiano triste es un triste cristiano, la alegría es una característica de los que han recibido el evangelio de Jesús. Recordad que en la tradición de la Iglesia antigua existía la llamada "risa pascual", el sacerdote en la homilía de Pascua, contaba chistes para que la gente experimentara con su sonrisa la alegría de la resurrección de Jesús. Esta práctica ha caído en desuso, pero el sentirnos alegres tiene que ser tarea de todos los días. Es verdad que uno no decide sentirse alegre o triste, pero sí si es cierto que puede hacer cosas para ser más feliz. Recordemos la sentencia evangélica: "hay más alegría en dar que en recibir".

El domingo de resurrección, las gentes nuevamente se vuelcan a las calles para acompañar la procesión del resucitado. Pañuelos o banderas blancas acompañan el paso de Jesús victorioso. Nuevamente permítanme aquí la mirada de chiquillo: Por muchos años en mi pueblo la imagen del resucitado salía en la máquina retroexcavadora del pueblo, lo que lograba que en algunos momentos de la procesión Jesús resucitado se levantara muy en alto, triunfal, sobre las calles de mi pueblo, y esto al ritmo festivo de la banda musical y de un animador de la procesión que cantaba con elegante voz: *Tu reinarás, este es el grito, que ardiente exhala nuestra fe, Tu*

reinarás, oh Rey bendito, pues tu dijiste Reinaré... Reine Jesús por siempre....
Esas imágenes están nítidas en mi memoria y perdurarán como unos de los momentos más significativos del sentir de la fe del pueblo creyente.

Y así vamos finalizando el recorrido por la Semana de mi pueblo, el Domingo de resurrección en cada una de las 5 misas que hay en la Basílica menor, más las que hay en la zona rural, se percibe un ambiente festivo y a la vez un compromiso cristiano de que algo de la Semana Santa quede en nuestros corazones y se haga palpable en la vida cotidiana.

En este punto del pregón, y habiéndoos contado de la semana Santa de mi pueblo, me pregunto ¿qué de diferente o de similar tiene la semana santa arevalense con la de mi pueblo Manzanares? Y me respondo: En mi pueblo no hay cofradías, aquí tenemos la refundación de la Veracruz ya hace 36 años (que nos permiten unas celebraciones dignas, discretas y especiales), quizás aquí las procesiones sean menos multitudinarias, quizás en mi país seamos un poco más folclóricos; pero hay algo que permanece muy en común: la fe que hemos recibido, las tradiciones que se nos han transmitido, y el fervor con el que celebramos. Que este pregón en el que yo os he compartido mis recuerdos de infancia, os mueva también a vosotros a rememorar con agradecimiento y amor también vuestra propia infancia: las celebraciones en compañía de seres queridos que ahora no están, alguna tradición familiar propia de este tiempo, la elaboración de las torrijas en familia (por ejemplo), pero que sobre todo recordemos que esos que no están siguen celebrando con nosotros este misterio de nuestra fe desde la eternidad. Pues los que amamos y han sido buenos y van con Dios, van a un sitio mejor. Esas también son las cruces de nuestra vida diaria:

*La cruz que lleva a la gloria,
La cruz, paso a la resurrección,
Sea estandarte valiente
Para nuestra victoria futura,
Y el premio de la salvación.*

Mi memoria es agradecida, y quiero terminar este pregón con dos cosas: Primero, agradeciendo a Dios el haberme permitido llegar hasta un lugar tan hermoso como es esta ciudad de Arévalo, y agradeciendo a vosotros con quienes ahora me identifico y ratifico la promesa del evangelio "*quien deje casa, hermanos, padre o madre por causa de mí y del evangelio, recibirá al ciento por uno casas, padres, hermanos, hijos*". Gracias por

darme la oportunidad de convencerme que Arévalo es la ciudad “muy humanitaria, muy noble, muy ilustre y muy leal”.

Segundo, invitaros a vivir la semana Santa con intensidad, a unir nuestra vida y nuestros esfuerzos a ese misterio que es la fe, que nos sostiene, y a un Dios que nos acompaña en cada momento de nuestra vida, fueren cuales fueren nuestras circunstancias. Como lo decía el presidente de la Veracruz en el saludo del libro publicado en 2002 con motivo del 25 aniversario de la refundación de la cofradía: que también la semana Santa nos ayude a “*profundizar nuestras convicciones cristianas y en mejorar en lo posible nuestras celebraciones*”. Y como no puedo terminar sin mencionar a nuestra madre del cielo, la Virgen de los Dolores, permitidme unas líneas de uno de los himnos litúrgicos de este tiempo cuaresmal:

*Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas;
clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí, en mi torpe mejilla,
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.*

*A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa,
a ti, ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María. Amén*